

Cuando el cuerpo habla

Gladys Tato

Editorial Trilce

Este libro de la psicoanalista Gladys Tato, que va ya por su segunda edición (la primera corresponde a octubre de 1999), lleva como subtítulo “Enfoque psicossomático del enfermar”, está presentado por el psicoanalista argentino Luis Chiozza y prologado por Marcos Lijtenstein. En el prólogo, Marcos Lijtenstein señala que la autora se interna en el campo de “la condición esencial del ser humano”, dado que la dicotomía mente-cuerpo constituye en sí un tema abordable desde múltiples miradas. El psicoanálisis, la medicina, la filosofía y aún las religiones –se podría abundar– lidian cotidianamente con esta posible oposición.

Gladys Tato, fuertemente apoyada en la concepción de la psicossomática de la escuela argentina, cuyo rostro más visible es el del doctor Chiozza, aborda el problema quebrando esta oposición, de modo de conducir al lector hacia la idea de que toda enfermedad somática tiene su correlato psíquico e, incluso, su “lenguaje” psíquico. Se hace necesario –sostiene la autora– “una verdadera integración disciplinaria” que ayude a comprender el proceso del enfermar en sus dos dimensiones, mental y corporal, sin intentar escindir la esencia de lo humano. Así dice, por ejemplo, en la página 31: “¿Por qué llora una persona?, porque se produjo una estimulación de sus conductos lacrimales que originó una secreción acuosa, o porque está triste. Las dos respuestas son ciertas y posibles, pero se originan en organizaciones conceptuales diferentes. Una respuesta es del orden de una causalidad física, y otra de una significación histórico-vivencial. Nadie diría en estos ejemplos que son opuestos sino todo lo contrario. No obstante la medicina y el psicoanálisis han abordado los fenómenos humanos oponiendo causalidad a significación”.

Las dos primeras partes del libro se ocupan, en diferentes trabajos (algunos de ellos pre publicados en revistas psicoanalíticas), de abordar el punto fundamental que la autora sostiene y que trata, precisamente de la significación. Es decir, del cuestionamiento relativo a si la enfermedad somática puede ser entendida en un correlato psíquico que implique la posibilidad de atribuir un simbolismo al daño

corporal. Esto abre a una discusión que en psicopatología se ha polarizado entre lo que llamamos “la escuela francesa” y “la escuela argentina”. Porque ese cuerpo que enferma se encuentra inscripto en un estatuto diferente al cuerpo “conversivo” de la histeria, donde podemos desanudar, análisis mediante, las múltiples representaciones inconcientes y preconcientes que han convergido para crear esa formación de compromiso característica de la histeria. Acá –en la neurosis– hablamos de cuerpo erógeno y no se encuentran discrepancias teóricas ya que no está en cuestión la integridad de la capacidad de simbolización. En cambio, cuando se habla de enfermedad somática (puesta en juego del cuerpo “real”, dice la autora) encontramos, en la escuela liderada por P. Marty, la concepción de un aparato psíquico que presentaría fallas en la capacidad de simbolización. La enfermedad sería, para Marty, la descarga en el cuerpo –en símil de pasaje al acto– de montos pulsionales no procesables psíquicamente.

Opuesta es la posición de Gladys Tato, quien sostiene que a toda enfermedad somática subyacería un simbolismo inconciente. Esta postura aparece expresada con fuerza a lo largo del libro, y defendida con apasionamiento. Dice, por ej. (pág. 39): “¿Debemos restringir el simbolismo corporal, sólo al simbolismo al modo histérico? (...) Tal vez la diferencia (...) no esté en simbólico versus no simbólico sino en diferentes formas de simbolización y en diferentes modelos metapsicológicos. (...) Negar la capacidad simbólica del cuerpo enfermo es escindirlo de la vida inconciente, y es entonces, nos guste o no reconocerlo, ser dualistas” (El dualismo referido acá es el ya mencionado cuerpo-psiquis). Luego la autora insiste en que negar la capacidad simbólica del cuerpo es una resistencia, en el sentido de que se opone a la investigación. Hay aquí por los menos dos puntos pasibles de dar lugar a una fuerte controversia. El primero tiene que ver con la concepción misma de los procesos de simbolización, qué implican y cómo se instituye tal capacidad en el curso de la estructuración psíquica. El segundo, no menos importante, apuntaría al por qué de una necesidad de unificación, o a lo que puede ser entendido (polemizando desde aquí con la autora, o devolviéndole el guante) una resistencia a la coexistencia de fenómenos opuestos, en el psiquismo, a una dialéctica cuerpo-psiquis que no necesariamente tienen por qué, siempre, confluir en un todo acabadamente comprensible.

Una cita de Chiozza, en la página 65, dice: “cuando se habla con el órgano estamos en el registro de la histeria, cuando se habla del órgano estamos en el registro de la hipocondría, y cuando es el órgano el que habla estamos en el registro de la enfermedad

somática”. El libro de Gladys Tato lleva como título “Cuando el cuerpo habla”. Si “habla” –podríamos pensar de manera inocente– quiere decir algo, algo es posible de ser entendido, o traducido, si el lenguaje resulta extranjero. Este parece ser en definitiva el punto más polémico del libro, porque ¿qué clase de lenguaje será la del cuerpo enfermo?, ¿siempre será posible de traducción?, ¿o será a veces acto, traza, o signo indescifrable?

El último tramo del libro se titula “Estudio patobiográfico, reflexiones de ocho años de experiencia desde la práctica y la teoría”. El método del diagnóstico patobiográfico, diseñado por la autora y sus colaboradores, apunta a relacionar una cuidada anamnesis de los pacientes con las diferentes irrupciones de enfermedades somáticas. Se trata de un abordaje médico-psicológico, que, de acuerdo a la casuística mostrada resulta de gran eficacia diagnóstica y pronóstica y, podríamos agregar, terapéutica. Este punto del libro (nada menor, por cierto: se trata de la clínica) conduce a pensar en la paradoja de una dicotomía frecuente entre los psicoanalistas. Muchas veces se puede polemizar y tener desacuerdos profundos en las posturas teóricas, pero al momento de dejar hablar a la experiencia encontramos que las distintas vías, que parecían inconciliables en las palabras, conducen a los destinos esperados por unos y otros, es decir, a la mejoría de los pacientes. Sería interesante abrir una discusión relativa a los puntos antes señalados e incluir este aspecto, el de los resultados clínicos. ¿Habría una simbólica imprescindible subyacente a cada órgano que se manifiesta en el enfermar, o será que el analista “construye”, a través del encuentro transferencial y con su psiquismo y su palabra al servicio del paciente una simbología que permite a éste enriquecer y por tanto fortalecer sus posibilidades de creación de formaciones de compromiso más “sanas”, que desplacen a segundo o último término el recurso del enfermar?

El libro de Gladys Tato viene teniendo un éxito de venta inusual en nuestro medio. Ello pone en evidencia que el tema constituye un fuerte punto de interés. Debería, por tanto, ser tomado en cuenta con más asiduidad por nosotros, el colectivo de los psicoanalistas, a fin de confrontar, debatir teóricamente y de esa forma animarnos más a “poner el cuerpo” en el campo de nuestras teorizaciones, como lo hace Gladys Tato, con apasionamiento en este libro. En lo formal debe destacarse que es un texto de lectura accesible, escrito con dedicación y esmero.

Gladys Franco